

Africa es tan sólo un suelo y un subsuelo ricos en materias primas y que hay que controlar a cualquier precio: por la interposición de Gobiernos títeres, vendidos a los intereses de las grandes multinacionales, o, cuando eso no da resultado, mediante el puro y simple genocidio.

Esa realidad de todo un continente que lucha por su propia liberación es la que intenta reflejar —al margen de esos filtros mediadores a que nos referíamos antes— una pequeña revista trimestral que acaba de nacer en nuestro país bajo los auspicios del también neonato Centro de Estudios de Solidaridad con África. África hoy, dirigida por el joven periodista, aunque veterano viajero por ese continente, Vicente Romero (1), es una publicación que sale a la luz con medios precarios, pero con una indudable voluntad de dar a conocer, desde una óptica progresista todos los aspectos del debate ideológico y político que allí se libra en estos momentos. Un debate y también un combate doloroso y sangriento cuyo resultado no dejará de influir sobre nuestro propio devenir histórico. Hasta ahora muchos han dicho hablar en nombre de África, pero sólo muy pocos han dejado hablar a los legítimos representantes de los pueblos africanos. Esto último es lo que se propone, a juzgar por el primer número, África hoy. Es una empresa que merece la mejor de las suertes. Desde aquí, sinceramente, se la deseamos.

■ JOAQUIN RABAGO.

(1) Entre los colaboradores figuran Roberto Mesa, Jan Kenlen, Miguel Cabezas.

COMIX

"1984": Galaxias conocidas

La revista "1984" es una buena idea que llega demasiado tarde. Concebida hace varios años en España por Luis Vigil y Josep Toutain, no se materializó hasta 1978, cuando el magnate norteamericano del "comic" Jim Warren aceptó, a la vista del impacto de "Metal Hurlant" y "Star Wars", que realmente existía un mercado para la historieta de ciencia-ficción. Utilizando es-

pecialmente la conocida fórmula de guionistas americanos y dibujantes españoles (o filipinos, que aún resultan más económicos), la Warren Publishing Co. ha producido una publicación agradable y curiosamente desfasada.

La ideología conservadora de Warren marca su selección de guiones, que están cargados de malignos y poderosos invasores del espacio junto a las inevitables jeremiadas sobre las amenazas que nos depara el futuro. Aparte de los viejos tópicos, hallamos en "1984" algunos toques de humor antitecnológico y abundantes dosis de sexo (todas las protagonistas femeninas parecen salidas de las páginas centrales de "Playboy", y los héroes masculinos son tan musculosos y apolíneos como puedes imaginarte). El problema de "1984" es que, aunque represente una novedad en el mercado USA —donde Warren tiene reputación de ser bastante tolerante respecto a los experimentos de los creadores que tiene bajo contrato—, en Europa está superada. "Metal Hurlant" nos ha habituado a un mundo futuro visto con cinismo y resignación, donde todo es demasiado cotidiano e impreciso para que haya desenlaces heroicos y/o apocalípticos.

Sin embargo, si se aceptan las limitaciones impuestas por su origen, "1984" puede considerarse como una revista amena con un alto nivel gráfico como corresponde a dibujantes como Wally Wood, Esteban Maroto, Alex Niño y José Ortiz. Pero lo más destacable es precisamente una serie que se escapa de esos esquemas clásicos de realización y concepción: el "Mundo Mutante" de Richard Corben.

Son ocho páginas en cada número donde —con el realismo desproporcionado y los colores inquietantes a que nos tiene acostumbrado el gran Corben— se narran las desgracias de un infeliz mutante a la búsqueda de comida en un mundo devastado donde impera el canibalismo y la ley del más fuerte. "Mutant World" es una disculpa perfecta para adquirir mensualmente "El mejor 'comic' de fantasía y ciencia-ficción para adultos", como tan modestamente Josep Toutain ha substituido "1984". Que en realidad es una revista aceptable pero sin sorpresas. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

CINE

El caso de "Joseph Andrews"

No se sabe ya si hablar de estrenos reales o de proyecciones fugaces. Cada día son más frecuentes las programaciones fantasma en los cines españoles (al menos, concretamente, en los madrileños). Una película tan excelente como "Joseph Andrews", de Tony Richardson (autor, entre otras, de "Un sabor a miel", "Tom Jones" o "La última carga"), ha estado programada una semana escasa sin que los espectadores hayan tenido oportunidad de ver la película o de enterarse mínimamente de su existencia. Los distribuidores y exhibidores parecen despreñar el material que ellos mismos eligen para sus negocios, y así realizan una publicidad tópica, sin imaginación y escasa; facilitan a la prensa una información igualmente fría, sin que destaquen los

las condiciones severísimas con que las multinacionales exigen que sea tratado su material.

El caso de "Joseph Andrews" es doblemente lamentable. Por un lado coincide en su fugacidad con cientos de títulos proyectados ya este año en Madrid (hay una media de trece estrenos semanales). Por otro se pierde así la oportunidad de conocer un noble trabajo cinematográfico donde el humor y la crítica social se dan cita con ingenio y sabiduría. La crónica de esa aristocracia inglesa del siglo dieciocho —hedionda, cretina, fea e hipócrita— se alterna con la visión de un pueblo acostumbrado a la injusticia, en la que sobrevive con dificultad; esa panorámica histórica viene dada a través de una anécdota múltiple y clásica del melodrama o del más enfriado folletín, un poco en el estilo de la vieja comedia del arte, otro poco con el del más contemporáneo vodevil. Un excelente trabajo de actores —Ann Margret y Peter Firth en los papeles protagonistas— cerraba el servicio a esta película interesante de la que ya hay que hablar en pasado, puesto que fuera de su estreno oficial



"Joseph Andrews", de Tony Richardson.

aspectos que puedan hacer de sus productos algo especialmente curioso; y, finalmente, no se atreven a esforzarse en mantener la película en cartel los días suficientes como para que tenga lugar esa publicidad "boca a boca", única que realmente fabrica el éxito económico de las películas. Es significativo, sin embargo, que determinadas películas norteamericanas se mantengan muchas veces en cartel contra viento y marea, seguramente por

parece que los films estrenados en España mueren irremediablemente. ■ DIEGO GALAN.

"... y llegó el día de la venganza"

Con este título —idéntico al de su estreno comercial francés— se estrena ahora en España "Behold a pale horse", de Fred Zine-

Cultura a la contra

Nueva ola

Es cada vez más difícil escribir de algo. Sobre todo, de algo que tenga que ver con la cultura. Si yo fuese John Cage, o Salustiano Masó, hablaría de hongos, de la cultura del champiñón; pero mis conocimientos en la materia son más bien pequeños. Tengo que hablar, entonces, de lo que conozco; y lo que conozco son las calles, el Metro y algunos bares. Otros están para criticar, y algunos para criticar a los críticos. Critica quien puede, y a quien puede o a quien se deja. El caso es que hay que hablar de algo. Por ejemplo, de este Madrid que —a pesar de su Ayuntamiento— no es socialista, y que se está volviendo cada vez más invivible. Y conste que no digo inhabitable, porque todo el mundo habita en algún sitio: Drácula, en un panteón, por ejemplo; digo invivible, porque aquí no se puede vivir, sino sobrevivir. Nos vemos reducidos a frecuentar "ghettos": los maricas, a su maricomio; los pasaos, a su pasadero, que está cerca de la plaza del Dos de Mayo —donde cada año llueven palos, no sé por qué—; y los niños nazis, a la zona nacional —aunque se expanden peligrosamente por el resto de la ciudad—, a matar a quien pase. Y cuando no vamos a ghettos, nos tenemos que encerrar en nuestras ciudades-dormitorio, rápidamente y antes de que lleguen las doce de la noche. Los madrileños somos un poco como la Cenicienta: a las doce en casa, porque si no vienen, casi juntos, policías y ladrones a pegarnos palos; unos, para velar por nuestra seguridad ciudadana, y los otros para comerse las habichuelas.

El caso es que vamos de culo, que vivimos en la mierda primavera. Y en esta mierda, en esta basura, florecen simpáticos retoños. Son "La Nueva Ola", chicos que han surgido del asfalto y en él viven. Escuchan buena música, música que hacen otros como ellos, en sus garajes de Londres o de Nueva York: "Devo", "Ultravox", todos mutantes, generaciones eléctricas de un mundo irremisiblemente muerto. Precisamente, hay un grupo americano que se llama "Dead Boys", niños muertos.

Tienen conciencia, claro, de su muerte en vida. Como todos nosotros, como todos los que vivimos en ciudades cada vez más deshumanizadas, cada vez más automáticas; como todos los que sabemos que ya no queda espacio para jugar y divertirse, y que la ecología no es sólo cosa de centrales atómicas. Hay una contaminación terrible, que es la contaminación humana. Nos agobian los humanos, o al menos algunos de ellos: los que no nos dejan movernos, ni vivir, ni salir de nuestros ghettos. Los chicos de la Nueva Ola lo saben, y por eso pasan un poco de todo, humanidad incluida. Quieren ser cadáveres vivientes, porque se han dado cuenta de que no pueden ser otra cosa; y, claro, se hace lo que se puede, no lo que se quiere.

La nueva ola no tiene una estética definida, ni tampoco —menos— una ética: ambos son valores que pertenecen a una generación y a un estado de cosas anteriores: sus padres, e incluso sus hermanos mayores, han definido lo que es bueno y malo, lo bonito y lo feo. Y ellos no quieren cambiar una definición por otra, sino simplemente abolir las diferencias. Son como los anarquistas que cuenta Chesterton —ese genial reaccionario— en "El hombre que fue Jueves", a quienes no les bastaba con acabar con la diferencia entre Bien y Mal, sino que encima querían cargarse los cuatro puntos cardinales. ■

EDUARDO HARO IBARS.



"... y llegó el día de la venganza", de Fred Zinnemann.

mann, la película que creó el conflicto de la Administración española con la productora norteamericana Columbia, hasta el punto de que el entonces ministro de Información y Turismo, señor Fraga Iribarne (era el año de gracia de 1964) prohibió la comercialización en todo el territorio español de las películas de esta marca. La cuestión estribaba en que Fred Zinnemann no respetó las "adaptaciones" que el Gobierno español hizo a su guión, resultando así que la ácida visión de la Guardia Civil —o más concretamente de un obsesionado capitán de la misma— que la película proponía prevaleció sobre los deseos inquisitoriales de la Administración.

Las intenciones políticas de Zinnemann, sin embargo, no son tan duras como podía pensarse. Su visión coincide más con la clásica de los personajes del Oeste obsesionados por un viejo enemigo o por el retorno a la aventura de los héroes cansados que con una perspectiva profundamente crítica de la sociedad española de 1959 —año en que se sitúa la acción de la película—. El antiguo líder republicano anclado en su exilio de un pueblecito francés frente a la manía persecutoria de su encarnizado enemigo —el capitán citado— se conjunta como la clásica aventura personal de dos monstruos literarios. Lo que en absoluto elimina los aspectos positivos o interesantes de esta película; cierto que en ocasiones, aunque escasas, hay que superar la aparición de algún tópico sobre la sociedad española, propia, por otra parte, del maniquismo norteamericano, pero el propio

desarrollo de su anécdota —con la habilidad característica de Zinnemann, director especialmente sensible si recordamos películas como "Solo ante el peligro", "Hombres" o "Julia", por ejemplo— acaba con esos tópicos para concretarse en las secuencias finales de la película donde el romanticismo de unos héroes legendarios toma cuerpo de manera espléndida.

Estamos, pues, ante una película que ofrece la posibilidad de satisfacer una vieja curiosidad histórica, pero al tiempo ante un producto que tiene todavía fuerza suficiente para emocionar o irritar, según el lado del que quiera contemplarse. ■ D. G.

"El día del presidente"

Pedro Ruiz se dio a conocer en sus actuaciones personales como un curioso caricato poseedor en ocasiones de un corrosivo sentido del humor, dentro de esa condición del género de arremeter indistintamente contra todo lo parodiabile. Esa libertad de Pedro Ruiz le hacía políticamente ambiguo pero humorísticamente correcto. Ahora, sin embargo, al plantearse una película como gulonista, director y actor, ha prescindido de aquellas condiciones para realizar, por el contrario, una película presuntamente "seria": la crónica de un inventado día de trabajo de un presidente de Gobierno que, obviamente, es Adolfo Suárez, por mucho que la película se sitúe en un